



LAS CENAS DEL OBISPO SAN ALBERTO

I

Era arzobispo de La Plata, en la ciudad de los cuatro nombres y en las postrimerías del siglo pasado, fray Josef Antonio de San Alberto, carmelita descalzo, uno de los sacerdotes más virtuosos de su época y también de la que le siguió.

Foco fué de rayos luminosos que irradiaron á largas proyecciones, donde llegaron sus pastorales, notables por la unción de su enseñanza evangélica.

Si en su tiempo descollaron sacerdotes tan ilustrados como Maciel, Iturri, Suárez, García, Rodríguez, Vera, Funes, Chorruarín, Rivarola, Molina, Planchón, Agüero; con posterioridad, descendientes de su sabia propaganda, lucieron al par los San Martín, Gómez, Agüero, Zavaleta, Castañeda, Oro, Ortega, Segurola, Achega, Anchoris, Navarro, Sáenz, Medrano, Gorriti y otros que en los primeros años de nuestra independencia hicieron época, recordándose con júbilo en la de ellos la edad de oro del clero argentino.

Cuando bajaba de su mula de sobrepaso, regresando de adoctrinar los pueblos de la Sierra, por aquellas quebradas tan resbaladizas como la pendiente del pecado, hasta muy tarde de la noche pasaba largas y frías horas preparando pláticas y homilias.

Con frecuencia, dos y tres veces entraba el fámulo á anunciarle que la cena estaba servida, sin que interrumpiera su escritura; y entonces familiares y acólitos, impacientes en su apetito, acababan por dar cuenta de

ella. Cuando á las cansadas, Su Ilustrísima llegaba al comedor preguntando por la cena, el más preferido de aquellos traviesos monaguillos contestaba sorprendido:

—¿Qué cena? ¡Pero si Su Ilustrísima ya ha cenado!

—¡Ah! ¡No me acordaba!...—solía repetir, dándose vuelta á continuar su trabajo, uniendo al ayuno del día siguiente el de la vispera.

El distraído obispo no lo era tanto como sus coadjutores le suponían, por lo que más de una vez decía á su ampulosa ama de llaves:

—Estos pillastres creen engañarme, pero resultan ellos los chasqueados, pues las cenas de mi mayor gusto son pastorales, edictos, sermones y cartas circulares, que así se alargan y copian luego en sinnúmero;—volviéndose á escribir hasta que la luz del día venía á palidecer la de su lámpara de trabajo.

El año de 1790, San Alberto fué el primero que visitó la diócesis, acompañado por personajes como D. Francisco V. Biedma, el Dr. Serrano, Colombres y otros argentinos notables.

Vió..., pero ¡qué cosas vió en las visitas pastorales!...

Por el índice de anotaciones en uno de sus cuadernos sobre nuestra mesa, que abreviamos, puede deducirse algo al respecto:

«Predicar sobre la mujer libre, alegre sierpe con color de fuego, que desde lejos puede precaverse, y la beata devota, color de tierra, inadvertidamente pisada al pasar, que más fácilmente envenena á incautos, recordando cuántas veces el trato, la conversación en espíritu, vino á acabar en sensualidad, y que, mientras fué la Iglesia abundancia de ejemplos, apenas hubo necesidad de sermones.»

«Mandar cuatro mil pesos para el expediente de canonización al obispo Palafox, doscientos mil para las Cajas Reales y sesenta mil para el Colegio de Huérfanas que fundé en Córdoba.»

«Contestar al *coya* que me escribió el otro día: «Pongan tanto cuidado los padres en hacer á los indios buenos cristianos, como ponían los ministros de los ídolos en enseñar sus ceremonias y ritos, que con la mitad de aquel cuidado seremos los indios buenos cristianos, pues la ley de Cristo es mucho mejor y por falta de quien la enseñe con paciencia, no la saben los indios.»

«Amonestación á los curas de la Sierra para que no hagan de las cosas del culto mercados, ni se *amuchen* en las barracas traseras de los conventos europeos é indias, criollos y mestizas, zambos y cuarteronas, negros, blancos y mulatos que en mezcolanza hacen allí mala vida, hasta curas y sacristanes.»

.....

Muy lejos nos llevarían todas las transcripciones. Tan fecunda fué su pluma, que de los impresos de la Real Imprenta de Niños Expósitos, en sus primeros treinta años, su mejor número fueron debidos á ella.

Algunos merecieron ser reproducidos en Madrid, y otros tan nítidamente coleccionados é ilustrados en Roma como no mejores producen actualmente nuestras más adelantadas imprentas.

Con ellos, sus elocuentes sermones y, sobre todo, con su digno ejemplo, contribuyó á formar el brillante clero argentino, desde el deán Funes, con quien en un mismo buque regresara de la Metrópoli, para ocupar su canongía en la catedral de Córdoba éste, y su silla episcopal San Alberto en la misma. Posteriormente ascendió al arzobispado de La Plata.

II

Cierta noche que con dos sabios doctores del pasado siglo platicaba Su Ilustrísima de cosas del día, cortó la conversación más pronto que acostumbraba su asiduo contertuliano el Dr. Ortiz, diciendo al levantarse:

—Perdonará Su Ilustrísima que me retire temprano, pues debo pasar á cumplimentar á la viuda Rodríguez, que esta noche celebra su día de días en reunión que, aunque de confianza, se bailará como todas las noches de San Juan.

Y afable y jovial: «¿Cómo dice que se llama esa su viuda?» contestó sonriendo el obispo, que también solía gastar festivo genio en intervalos de obligada gravedad.

—Mi señora doña Juana María, viuda de Rodríguez.

—A ver, á ver—repetía, hojeando su diario de limosnas.—¿Está usted seguro que es la viuda de Rodríguez?

—Como que esta mañana recibí el mensaje por la cholita de la alfombra: «Manda decir mi amita le haga su merced el favor de prestarle los platos y chocolatera de plata para aumentar los de casa, y que no deje de ir á tomar esta noche el chocolate.»

—¿Y dice usted que habrá baile?

—Y muy sonado, pues que hasta de Potosí llegó esta mañana más de un minero, sabiendo que á él asistirán las de Biedma, Campero, Otárola, Ballivián, Calvo, Vaca, Matienzo, Linares, Bustamente, Carrasco, García y otras bellezas.

—Pues, señor, si es así, yo también estoy de baile.

—¡Oh!—exclamó con sorpresa, abriendo tamaños ojos, el Dr. Ortiz. Y el obispo, apretándole la mano, dijo al levantarse:

—¡Chitón! Guárdeme el secreto.....

¿Y creerán ustedes, piadosas lectoras, que el santo obispo, éste de vida tan ascética, padrecito sería como aquellos de la Sierra que reprendiera en sus visitas pastorales por frecuentadores de *jolgorios* y *zamacuecas*?

Salió haciéndose cruces el severo doctor, y murmurando entre sí, mientras apretaba el paso: «Mire usted lo que son las cosas. ¿Si andará por echar una cana al aire nuestro santo obispo, ó mudar de hábitos y ama de llaves, cambiando su viejo voluminoso *in folium* por obra en dos tomos de veinticinco á treinta abriles, más modernas? Cosas se ven que no son para oídas.» Mientras que, en rumbo de tan pecaminosas murmuraciones seguía, dió vuelta á la de la viuda, desde cuya bocacalle músicas y luces anunciaban fiesta.

Al mismo tiempo pedía su manteo menos raído San Alberto, sin dar crédito á que una de las que se le presentaba más indigente y recatándose, por ser de las que han venido á menos, ocurría en demanda de la limosna repartida los sábados, estuviera en actitud de distraer sus enlutadas horas con danzas y cenas más suculentas que las que le impedían saborear sus familiares.

III

Bueno es recordar que en trescientos años sólo tuvieron tiempo los conquistadores de fundar dos Universidades en toda la América (México y Lima). En Córdoba hasta entonces apenas hubo una fábrica de teólogos; y la de Chile, posteriormente, era muy secundaria en sus estudios, así que los estudiantes, los verdaderos sedientos de sapiencia, veíanse obligados á llegar en aquella época á la Real de los Charcas.

Con tal motivo pasaron también por el salón del sabio pastor seglares que á esas aulas concurrían, como Castro, tan célebres después Echevarría, Gómez, Anchorena, Gorriti, Zuviría, Ocampo, Sáenz y la mayor parte de los doctores argentinos del pasado siglo y comienzos de éste.

Si cuando arribaron poco después, á paso de mula, el cantor de la patria, á recibir sobre su uniforme de capitán de patricios las insignias doctorales, como D. Mariano Moreno, Agrelo y otros, no alcanzaron á formar parte del coro de sabios en Areópago, que ha dejado fama, fué porque muerto el erudito carmelita, esparciéndose ya mucho olor á chamusquina revolucionaria, el sucesor exorcizaba en las feligresías del Alto Perú á cuanto sospechoso aparecía, para que no se contaminara con las maléficas ideas de los de aquí abajo.

Se ha repetido que las riquezas entre que nació el Perú causa fueron de su perdición. Minas, salitre, guano en abundancia tal, brotaban en

aquella Jauja inagotable, que apenas alargaban un poco la mano para recolectar, se enriquecían; por lo que envueltos sus habitantes en tal molicie de costumbres y laxitud enervante, gran esfuerzo les parecía abstraer una hora á vida de placeres continuos, por lo que muchos fueron indiferentes á moros y cristianos.

Pero cuenta la tradición que en el país de la plata los esforzados habitantes del Alto Perú mantuvieron siempre viva y latente la lucha por la independencia.

Ya en 1780 preciso fué anegar el país en sangre para sofocar el movimiento de Tupaj-Amaru, el primer día del siglo reproducido en la plaza, donde un año antes que en la de Buenos Aires, y en otro 25 de mayo, se dió el primer grito de independencia, aunque fué la última en obtenerla.

Los doctores Zudáñez y Morillo, Rivero, Barros, Arce y todos los precursores de la revolución salieron de esas aulas que á tantos americanos ilustraron.

De aquel centro de luz irradió claridad apetecida, y chispas volaron por todas partes, con los estudiantes que de aquí y otros puntos llegaron á la Universidad de Chuquisaca, esparciéndose luego hacia los cuatro vientos.

Poco frecuentaba el alto clero fiestas y saraos; pero en la campaña curitas había que les permitieron seguir á los indios cristianizados las mismas antiguas danzas ante sus ídolos, hasta delante de las andas de la celebrada procesión del Corpus y solemnes festividades.

La danza semiprofana fué así degenerando tanto, que en Tambarrias, al son de arpas y tambores, más de uno arremangábase los hábitos, listo para un *punteo* ó *zamacueca*.

A propósito de esto refiere el ilustrado Sr. Palma que un arzobispo vió de una manera casual en cierta ocasión bailar la *mozamala*, y volviéndose al familiar que le acompañaba, más perito en achaques de volteretas, preguntó:

—¿Cómo dicen que se llama este bailecito?

—La *zamacueca*, ilustrísimo señor.

—Mal puesto nombre. Esto debe llamarse *la resurrección de la carne*...

Dejando la verdad del cuento al tradicionista perulero, seguimos con el nuestro.

IV

Alcalde de vara larga era el Dr. Manuel Obligado, en 1789, en la ciudad de los tres nombres (á la que los bolivianos le agregaron el de Sucre y en nuestro daño y el propio inventó Bolívar capital de una nación sin

salida), quien, como otros porteños, llegó á su Universidad para graduarse en ambos derechos.

Entre él y el Dr. Vicente Anastasio Echevarría ocupaba el alto estrado, la noche del baile, la señora del día de días, en amena conversación, que todo recordaba menos al difunto, colega de ambos colegas.

Las diez serían por filo, que ya el de queda y cubrefuego con el toque de ánimas habíase apagado en las numerosas iglesias de pequeña población de tanto nombre, cuando entrara Su Ilustrísima, el no anunciado arzobispo, carmelita descalzo, entre tantas currutacas bien calzadas.

Mixturas del Perú que en parte alguna adornan mejor y más fragantes las monjas, en pebeteros de plata maciza y zahumadores de lo mismo, colgantes unos, y en repisas y *esquineras* las más suaves esencias, luces y flores; arpas y violines, deslumbrantes trajes y encantadoras caritas, animaban la sala.

Diálogos y frases dulces, como halago de una noche de esperanza, se entrecortaron á medio pronunciar á la presencia del arzobispo, seguido por uno de aquellos familiares que se decretaban doble cena al par que doble ayuno al prelado.

Saludó ceremoniosamente desde la entrada, y dirigiéndose á la amable dueña de casa, dijole:

—También he querido venir á presentar mis respetos á una de mis feligresas más devotas, al saber la celebración de su cumpleaños.

La donosa señora, parándose toda cortada ante la inesperada visita, inclinóse á besar la gran esmeralda del anillo pastoral, humildad imitada por las más inmediatas.

Como la música cesara y los diálogos y cuchicheos, cual si frío silencio acogiese al sabio arzobispo, agregó éste:

—De ninguna manera, mi señora doña Mariquita, quiero que mi presencia interrumpa tan honesto esparcimiento entre sus amigos. Como uno de ellos le presento mis parabienes en tan fausto natalicio, y pido que no se interrumpa la danza.

Su Ilustrísima siguió en jovial conversación con ella y las más vecinas, y otra hija de confesión con su familiar, en aposentos donde no eran bellezas lo que faltaban.

Poco después, concluido de saborear el rico *somomusco* de la pobre viuda, agregó:

—Si se me permite, yo también voy á entrar en danza.

Sobrecogidas las semiescotadas bailarinas de que tan grave prelado intentara sacar pareja, observaron con mayor admiración que, llamando al secretario, pidió su limosnera, bajó del estrado y, recorriendo filas y gru-

pos, la fué presentando á una por una de las señoras con la más exquisita urbanidad, solicitando limosna para sus pobres.

En tan bullicioso maremágnum de cabecitas efervescentes y corazones palpitantes, casual fuera que ninguna de las *emperingadas* mujercitas se hallara al lado de su marido, ni habían concurrido al baile con relicario, bolsillo ó portamonedas.

Sacóse la primera un anillo que echó en la perfumada escarcela bordada, donde siguieron cayendo brazaletes, arracadas, solitarios, pendientes, gargantillas, pulseras, cadenas, prendedores, piochas, y en dijes diversos, ya una perla, topacio, brillante ó esmeralda.

Hasta doncella de coquetería sin igual hubo que alzó el diminuto piececito para que su compañero desprendiera alguna de las hebillas de plata de zapatito liliputiense, no teniendo otra cosa que dar para el óbolo improvisado.

Y cuenta que viudita de ojo alegre, siguiendo más arriba *la barriga da perna*, como llamaba á la pantorrilla un *finchado* portugueciño allí presente, desprendióse la liga, ofreciendo su broche de diamantes. Por algo había nacido al pie del Potosí, que si el Perú valía un Perú fué porque uno solo de sus cerros produjo diez millares de patacones en sus primeros tres siglos de explotación.

Concluído de circular el abultado bolsón, agradeció el obispo la generosidad de la concurrencia, volvió á felicitar á la del natalicio, deseando que con más frecuencia cumplieran años personas que así tan caritativamente lo celebraban, pues el desprendimiento de sus amigas iba á proporcionar verdadera fiesta á las desvalidas.

Y echando bendiciones á diestra y siniestra, con paternal maliciosa sonrisa, salió majestuosamente, dejando en pos de sí fragante nube de caridad, cuyo perfume duró en aquel ambiente más que el de las pastillas en zahumadores de maucerina y pebeteros en repisas y rinconeras.

V

Si borró ó no de la lista de socorros ó mendicantes á la Rodríguez, que tan fastuosamente se festejaba, lo sabrá el secretario-tesorero que apenas podía con la bolsa de alhajas ofrecida en la sala de la viuda de más humilde apariencia, á quien daba limosna todos los sábados el filántropo pastor.

Por entonces se aparentaba indigencia para explotación poco cristiana, lo contrario á las costumbres subsiguientes; aunque fenecieron ya las semi-tísicas románticas que se apretaban su talle por aparecer más de lo que eran.

Y si algún lector meticoloso poco justificado encuentra el título de esta tradición, en la que cena alguna se describe, culpelo al olvido de los familiares, que noche por medio dejaban sin ella á Su Ilustrísima.

En nada se parecían estas cenas á las de Lúculo, ni á las suntuosas de griegos y romanos, ó á las más modernas que antecedieron á la Revolución francesa, donde tanto derroche de *esprit* chisporroteaba como fuego de artificio ó de sobremesa, y por cuyas indigestiones se dijo:

Más mató la cena
que curó Avicena.

Las verdaderas cenas del erudito obispo San Alberto fueron siempre sus piadosos escritos evangelizadores, que hasta muy altas horas de la noche le absorbían por completo, enclavado en su silla de trabajo, proyectando obras de caridad que, realizadas luego, han dejado bien marcado su paso como el de un varón justo.

Moraleja de la presente tradición podría ser: de cómo, aun escribiendo sobre pautas torcidas, resultan derechas las planas de un alma buena, pues que por todo camino se llega al de la beneficencia.

